

*Preocupaba el Autoritarismo a Cosío Villegas*

## Obsesión por la Democracia

- ★ Sabemos lo que Nunca Funcionó o se Volvió Obsoleto
- ★ Modificar Tantas Cosas . . . Para que Todo Siga Igual
- ★ El Futuro es hoy Incierto, Como en Pocas Ocasiones

LORENZO MEYER

Coordinar, investigar y escribir una buena parte de una Historia Moderna de México de nueve volúmenes con 9,017 páginas, no fue una empresa fácil, como tampoco lo fueron antes crear el Fondo de Cultura Económica o El Colegio de México. Sin embargo, a mi juicio, resulta aún más difícil decidirse, a los setenta años de edad, a iniciar otra nueva empresa, y bastante peculiar: la de convertirse en un crítico público, independiente y sistemático del gobierno presidencial y autoritario que efectuó la matanza del 68, del Jueves de Corpus y los excesos del populismo fallido de la primera mitad de los setenta. Y eso fue justamente lo que hizo Daniel Cosío Villegas, una persona que permaneció joven incluso cuando llegó a viejo.

Hace una semana, el gobierno de la ciudad develó una placa en la casa de Isabel la Católica donde hace 91 años naciera don Daniel. Con ese motivo escribí unas líneas que ahora transcribo, aunque algo modificadas.

En 1974, según nos dice en sus memorias, don Daniel, le hizo saber al Presidente de la República que



en protesta por varias agresiones indirectas, pensaba dejar de escribir sus columnas semanales en EXCELSIOR y abandonar el país. No hacía mucho, alguien en una oficina gubernamental había respondido a los puyazos del crítico septuagenario reeditando, sin consentimiento del autor, algunos escritos de don Daniel en un folleto titulado **Las polémicas de Daniel Cosío Villegas**. Se trató de páginas sacadas de contexto, y que tenían el propósito, como dijera después Cosío Villegas, de exhibir al escritor "como un monstruo irracional y colérico" para dejar sentado lo irracional de toda su crítica. Poco después apareció un libelo que se distribuyó gratuitamente y por correo, titulado **Dany, el sobrino del Tío Sam**. En ese folleto se usaban supuestos detalles de la vida privada e íntima de "Dany" para pintarlo como un personaje de la moral muy relejada, explotador de desvalidos, oportunista y antipatriota servidor de los dos imperialismos de la época: el soviético y el estadounidense. El propósito del golpe bajo era negar a don Daniel el derecho a usar argumentos de moral pública puesto que él mismo no era fiel a esa moral en lo privado; el intento, de tan burdo, fue un tiro que salió por la culata.

★

Posiblemente movido por la amenaza del crítico —por sus efectos negativos en la imagen pública de un gobierno que deseaba dejar atrás las sombras del 68 y del Jueves de Corpus—, el Presidente y algunos miembros de su gabinete aceptaron la invitación a una comida donde se llevaría a cabo un diálogo privado

con objeto de llegar a un acuerdo sobre las reglas legítimas que se deberían de observar entre los gobernantes y sus críticos en una sociedad como la mexicana. Como don Daniel lo explicaría en sus memorias, no hubo ningún acuerdo fructífero entre las partes. En realidad no lo hay aún. El gobierno siguió gobernando y el crítico criticando, pero ya no hubo más hostigamiento para él, aunque otros pagarían caro lo que a Cosío Villegas se le dejó hacer.

Las raíces de la crítica de Cosío Villegas no se encuentran en los dramáticos acontecimientos de 1968 sino muchos años atrás, en un famoso ensayo de 1947 titulado "La crisis de México". Ahí y entonces, don Daniel postuló que, en la práctica, la vitalidad del programa de la Revolución mexicana se había agotado. Y la razón básica del agotamiento no era que los postulados mismos fueran inválidos, sino porque "... todos los hombres de la Revolución mexicana, sin excepción a ninguno, han resultado inferiores a las exigencias de ella". Lo que Cosío Villegas hizo a partir de 1968 fue, simplemente, mostrar, usando ejemplos concretos y del presente, el significado de lo que había afirmado 21 años atrás. Según le diría a Enrique Krauze en febrero de 1971, el propósito de don Daniel al interpretar los sucesos políticos cotidianos, a la luz de los valores democráticos republicanos (y a la del sentido común) era ni más ni menos que "agitar la conciencia pública", es decir, crear la conciencia crítica colectiva de acuerdo a los valores liberales que alguna vez habían existido pero que ya se habían perdido. De manera específica, deseaba contribuir a "... crear el hábito, la costumbre, de que los hombres públicos en México están sujetos a la censura pública..." y a quitar, en relación a la estabilidad política, la "... atmósfera de complacencia que ha prevalecido".

A diferencia de la crítica hecha desde valores y visiones del mundo incompatibles con los que formalmente dice tener y defender el grupo en el poder —la crítica de la izquierda revolucionaria o la derecha ultramontana—, la crítica de don Daniel era "desde dentro", y con un lenguaje directo, enteramente comprensible, sin rebuscamiento, como lo demuestra, por ejemplo, su ya clásica definición de nuestro sistema político, como una "monar-

quía absoluta, sexenal y hereditaria en línea transversal". Quizá por eso la pluma de don Daniel fue tan molesta para los criticados: por enfrentarlos de manera muy efectiva con sus contradicciones más profundas e innegables.

Esta crítica quedó plasmada en una trilogía de ensayos sobre el presente —**El sistema político mexicano: las posibilidades del cambio** (1972), **El estilo personal de gobernar** (1974) y **La sucesión presidencial** (1975)— y en más de dos centenares de artículos aparecidos en las columnas de opinión del periódico EXCELSIOR. El público para el que Cosío Villegas escribió entonces era el único al que él podía tener acceso: el lector de clase media, interesado e informado, consumidor de libros y periódicos, pero antes de morir empezaba a buscar un público más amplio: el de la televisión; la muerte no le dio tiempo de explorar las posibilidades —y límites— de tan poderoso medio.

Para ser fieles a la verdad, conviene señalar que don Daniel escribió teniendo en mente menos al público mayoritario y más al minoritario: a los criticados; es decir, a la élite del poder político, en particular al Presidente. Creo que ese aspecto le preocupó más de lo conveniente, pero era el resultado de la experiencia personal de don Daniel: en

su momento él logró convencer a los poderosos para que le dieran los medios para crear las instituciones culturales que creó; a partir de la crisis del 68, él creyó que podía convencer a los nuevos poderosos de rectificar el camino que podía desembocar en una catástrofe. Se equivocó. En el gran juego de la macropolítica, el hombre de ideas no tiene ningún interés para el hombre de acción. Por lo menos desde la relación de Aristóteles con Alejandro el Macedonio, eso quedó en claro. El poder primero consideró conveniente darle por su lado al crítico —Premio Nacional en Letras! en 1971—, pero como éste continuara con su "intolerancia" intelectual frente a las acciones del gobierno, entonces éste optó por el ataque indirecto, bajo, ilegítimo —las publicaciones anónimas— pero afortunadamente en el caso de Cosío Villegas la respuesta resultó ineficaz... y contraproducente.

Don Daniel empezó su labor de analista de la coyuntura política en un año crucial: 1968. La brutalidad de la reacción gubernamental al impugnamiento sobre



la legitimidad del poder hecha por el movimiento estudiantil, polarizó el debate político. En esas circunstancias, no es de extrañar que para algunos de los agraviados las críticas a los excesos del poder que no fueran radicales, era irrelevante. Es por ello que la democracia liberal defendida por don Daniel apareció entonces a ojos de los agraviados por lo ocurrido en Tlatelolco, como una visión obsoleta del mundo; había que responder al fuego con el fuego. Mucha agua ha pasado desde entonces bajo el puente. Tras la "guerra sucia" de los setenta y el sacrificio inútil de los que en ella participaron, tras el precio enorme que la sociedad en su conjunto ha tenido que pagar por los excesos del presidencialismo, tras los cambios dramáticos en el bloque socialista, todos los que buscan salida a nuestra crisis actual —desde la izquierda hasta la derecha—, comprenden hoy el valor enorme, fundamental, de la democracia política y cuyas virtudes proclamó don Daniel en momentos en que tirios y troyanos las menospreciaron.

★

En la actualidad, se ve con más claridad que la democracia formal es sólo un medio, pero un medio sine qua non para llevar adelante con éxito la construcción de un México realmente moderno, estable y justo.

★

Antes de concluir, quiero referirme a un asunto básico: el cimiento de la crítica democrática de Cosío Villegas y su derecho a ejercerla, me refiero, claro está, al derecho sustantivo y no al formal. Esa base y ese derecho fueron, junto con su sensibilidad y su sentido moral, el ejemplo de su propia vida pública: la honradez con que usó los recursos públicos que se pusieron a su disposición y el trabajo, el trabajo duro, constante, prolongado y altruista del creador de instituciones culturales y sobre todo, del historiador.

Fue justamente la perspectiva que sobre México le dio su labor de historiador de la República Restaurada y el Porfiriato —su visión del pasado inmediato reunida en los nueve tomos voluminosos de la **Historia Moderna**—,

lo que le permitió juzgar con bases sólidas el presente que criticó y proponer un futuro mejor. En el transcurso de los 22 años que corrieron entre la creación del Seminario de Historia Moderna en El Colegio de México en 1950, y la aparición del último tomo de esa historia en 1972, don Daniel vivió en constante compañía de los grandes autores del experimento liberal iniciado en 1867, encabezado por Benito Juárez y que concluyó trágica y dramáticamente con la destrucción de la dictadura de Porfirio Díaz en 1911 y el inicio de la Revolución mexicana. Don Daniel experimentó en esa historia, las esperanzas y las angustias de una democracia frustrada.

Cuando Cosío Villegas inició su carrera de crítico de tiempo completo, y hasta su muerte, su preocupación básica fue la posibilidad de que la evolución política de México volviera a frustrarse, que en momentos de crisis el país —o más correctamente, sus gobernantes— optaran por la salida autoritaria y no por la democrática y republicana. Don Daniel ya no está, pero eso que constituyó su preocupación permanente y su obsesión de los últimos años, sigue sin resolverse.

★

El futuro es hoy incierto como pocas veces, más incierto que cuando Cosío Villegas murió. Sabemos lo que ya no es, lo que nunca funcionó o se volvió obsoleto, pero no sabemos lo que será. Y desafortunadamente, aún es imposible contar con la fuerza que puede dar la práctica democrática por la vía de la legitimidad y la solidaridad, porque las prácticas y las instituciones democráticas siguen sin arraigar. Como nos dijera don Daniel, los gobernantes siguen sin estar a la altura de las circunstancias. Hoy está claro como el agua que el negocio del gobierno es modificar tantas cosas como sea necesario... para que todo siga igual. La única esperanza —pues siempre hay que tener esperanza— es seguir agitando hasta lograr el cambio en la conciencia colectiva de la sociedad que proponía Cosío Villegas y así forzar al poder público a comportarse con responsabilidad. Ojalá nos dé tiempo.